

ARQUÉOLOGÍA VALENCIANA

HEMEROSCOPEIO E IFACH

EN verdad que podemos estar los españoles orgullosos de la atención que nuestras cosas merecen a los extranjeros, y los atanes que demuestran algunos sabios de ultra Pirineos y de allende los mares por estudiarlas, y más aún el agradecer las lecciones que nos administran, principalmente sobre las épocas prehistóricas y de la protohistoria; pero como siempre no dan en el clávo, por muy sabidores que sean, precisa el que se publiquen algunas apostillas para que se den cuenta de que en estas tierras, por más que somos gentes modestas, no pasamos rodajas si nos quieren comulgar, y si bien, deferentes, admiramos a los sabios, no nos sometemos a sus caprichosas ocurrencias, aunque sean muy ingeniosas, y por más lujosa que sea la vestidura con que las presentan, como le ocurre al sabio americano del Norte señor Rhys Carpenter, en su trabajo "El Lugar de Hemeroscopeio", apartado de su libro sobre Colonias griegas en España titulado *The Greks In Spain*, ciudad que caprichosamente ha trasladado del lado Norte del Mongó al original promontorio de la playa de Calpe, Ifach, porque la topografía de Denia en la actualidad no responde a lo que Estrabón y Avieno dijeron en su Geografía el primero, y en su poema geográfico el segundo; pero no adelantemos acontecimientos, y procedamos con orden.

DENIA

En el pequeño y elegante volumen dicho, escrito en inglés, publicó el escritor yanqui el trabajo sobre sus observaciones



FIG. II.—Palas Atenca, perfil.



FIG. I.—Palas Atenca, frente.

hechas en Ifach, trabajo que fué cuidadosamente traducido por nuestro amigo el eminente arqueólogo don Luis Pericot y García, catedrático de Historia en nuestra Universidad, y publicado en Barcelona el año 24 (1); lo ilustran dos vistas del Peñon de Ifach y una panorámica de parte de lo que desde su cúspide se alcanza, a más un diminuto croquis del original monte con su istmo. En el texto, después de decirnos la probabilidad de que a la primera venida de los focenses a la Península no estuviese todavía fundada Marsella, encamina a aquéllos desde Cumea, por entre las islas de Cerdeña y Córcega, a Mallorca e Ibiza, y al cabo de la Nao, y desde aquí, en línea recta, al cabo de Palos, junto a Cartagena, añadiendo: "Ahora bien; todo este trozo desde Ibiza al cabo de la Nao, y desde el cabo de la Nao hasta cerca del cabo de Palos, se desenvuelve ante cualquiera que suba a la gran torre natural rocosa, de 330 metros de altura (sólo tiene 327), que se yergue a unos veinte kilómetros al Sudoeste del cabo de la Nao, que se nombra actualmente *Punta de Ifach*. Creo que los focos usaron este notable sitio de centinela, y se refugiaban aquí con sus naves, y por eso nombraron la roca y la pequeña ciudad asentada a sus pies *Hemeroscopeion*, que es la palabra griega que quiere decir lugar de centinela (Aeneas Tacticus)."

"Esta fué probablemente la más antigua ciudad griega de España. Seguramente existía ya antes del último cuarto del siglo VI a. de J. C., porque Avienus la conoce. Y como este autor desconoce Emporion (Ampurias) se deduce que Hemeroscopeion (lo mismo que Marinaque, que Avieno también cita) es más antigua que Emporion, y por tanto, anterior al 530 ó 520 a de J. C."

"La única otra noticia importante de Hemeroscopeion se halla en Estrabón, el cual (basado probablemente en Artemidoro) da una descripción del lugar y le identifica con Dianium. Ahora bien; no es posible dudar que Dianium es la actual Denia; y por eso y por la afirmación de Estrabón, el verdadero lugar de Hemeroscopeion ha sido desconocido hasta ahora, siquiera haya sido menos evidente a los comentaristas modernos que Estrabón

(1) *Bulleti de l'Associació Catalana D'Antropologia*. Prehistoria. Volum Segon. Fascicle II. Barcelona, 1924, págs. 187-193.

debe haber confundido los datos y que Denia no es realmente el sitio de Hemeroscopeion.”

“Debo demostrar, por tanto, primero, que Denia no puede ser Hemeroscopeion, y en segundo lugar que Ifach lo puede ser.”

Para probar la primera afirmación asegura rotundamente el que en Denia sólo se han hallado inscripciones latinas, restos de arte romano y fragmentos de cerámica ibérica, con absoluta carencia de objetos griegos; añadiendo: “De más seriedad que este argumento del silencio es la discordancia entre las condiciones de Denia y las indicaciones dadas por Avienus y Estrabón. En la *Ora Maritima* (477-8) Avieno dice de Hemeroscopeion: *Nunc iam solum vacuum in colarum languido stagno madet*. Si esto lo dice el mismo Avieno en estos momentos, la observación es difícilmente aplicable a Denia, la cual probablemente florecía aún al principio del siglo IV de J. C. Pero tanto si esta observación es de Avieno, como si es del versificador griego tardío que parece que aquél tradujo (ya que, según indica Schulten en su edición (1), eso no es posible el atribuirlo al original masialota), en todo caso es inaplicable a Denia, *Nam stagnum ad opidum Denia nullum est*, como Schulten dice en el comentario a este verso, y como una inspección personal me ha convencido. No hay ninguna señal de estanque o de cosa parecida ni de que una ciudad a los pies de la montaña del castillo de Denia haya estado jamás situada en terreno pantanoso, ya que no hay río que pueda ser la causa.”

“La descripción de Estrabón es igualmente inaplicable a Denia. Porque dice (III, IV, 6) que Sertorio la utilizó como base de operaciones por mar porque es fuerte, escarpada y excelente para la piratería, visible desde lejos para los que se acercan por mar. Pero esta descripción nadie pensaría en aplicarla al peñasco de Denia, que no es muy visible para un bajel que se acerque a la costa, ni es, por naturaleza, particularmente, una fortaleza.”

Veamos la consistencia de esta brillante argumentación. En

(1) Avieno, *Ora Maritima* (Periplo massaliota del siglo VI a. de J. C.), junto con los demás testimonios anteriores al año 500 a. de J. C., edición de A. Schulten. Barcelona y Berlín, 1922.

cuanto a lo primeramente afirmado, esto es, el que en la ciudad de Denia no se han encontrado barros griegos, puede que tenga razón en cuanto al autor se refiere, y en abundancia a nosotros no nos ha favorecido la suerte, y no hemos visto por aquellos campos de intramuros antiguos, en las ligeras revisiones que hemos hecho, ningún fragmento campaniano; sólo en el castillo tropezamos con un insignificante tiestecillo, en ocasión, por cierto, de ir acompañando al profesor Schulten; y en cuanto a restos de más fuste, como lápidas, monedas, etc., todas latinas, esto no es decir que otros en épocas anteriores a nuestros días no las hayan hallado: nuestro desaparecido amigo y maestro, el sabio historiador, canónigo Chabás, en su monografía de la ciudad de Denia (1), en la lámina 3.^a, presenta la reproducción de dos cabezas griegas de mármol allí encontradas, y nos habla también (t. I, pág. 22) de "...los tipos y ropajes griegos de las estatuas allí encontradas, que no pueden ser atribuídas a los cartagineses y romanos..."

En cuanto a esta última cabeza, que conocemos por poseerla nuestro amigo don Nicolás Merle y Morand, la de Palas Atenea, no nos cabe duda de que es griega, por lo menos tan helenizante que no se puede atribuir más que a artífice de aquella nacionalidad. De mármol blanco, correctísimamente modelada, cubre la cabeza grandioso casco griego, cuya cimera la constituye una esfinge con cara que es un modelo de finura y con perfectísimo perfil griego; tiene las orejas agujereadas la figura principal, y mide veintidós centímetros de altura por diez y ocho de profundidad. Fué encontrada en el huerto de don José Morand, padre político de nuestro amigo, en el que, según Palau y Chabás, estuvo emplazado el templo de Diana se extiende aquél a la parte Norte de las antiguas murallas y muy próximo al desaparecido estanque.

(1) *Historia de la Ciudad de Denia*, por don Roque Chabás, presbítero. Denia, 1874. Lámina III, número 1 (a 0,25). Cabeza griega de mármol, la mejor de las encontradas, si no por la limpieza de la ejecución, por la corrección del dibujo: su peinado sencillo revela sumo gusto en el escultor. Encontróse en la heredad de don Tomás Mulet, partida Pontsech.

Número 2 (a 0,33). Otra cabeza bastante estropeada, cuyo mármol es de una blancura prodigiosa, a pesar del tiempo que ha estado bajo de la tierra. Encontróse en el lugar del templo en 1848.

Aunque monsieur Albertini la publicó, es de tal importancia, que nosotros nuevamente la queremos dar, y a este efecto nuestro amigo don Joaquín Gómez Alonso ha sacado las adjuntas fotografías. (Figs. 1 y 2.)

Vamos a presentar algunos barro y también dos monedas. Próximo al huerto del señor Morand, el aficionado a la arqueología, capitán del cuerpo de Carabineros reales don Mariano Trucharte Samper, practicó unas excavaciones, encontrando, a la profundidad de dos metros cincuenta centímetros, un cementerio de la época romana; nos dijo que era del siglo segundo de J. C., con abundancia de barro saguntinos, especialmente, entre los que hay, por cierto, fragmentos muy hermosos, de los que hacemos gracia al lector por no interesarnos en este momento. Continuó profundizando, y un metro más hondo se tropezó con seis ánforas griegas, cinco de las cuales se deshicieron, conservando una que estaba intacta, y cuyas características son: el estar formada de barro rosáceo no muy basto, y medir desde la parte inferior, que es cónica, hasta la estrecha y relativamente pequeña boca, un metro diez centímetros, y de circunferencia el tubo, que es lo que semeja la panza, ochenta y ocho centímetros; a los lados del cuello de la pequeña boca dos asas, también relativamente pequeñas; aquélla (la boca) estaba tapada por una lasca redondeada de piedra, y ofrecía la particularidad de, próximo al remate del ánfora, por encima de donde empieza a estrechar, hallarse cortada toda ella en redondo, y después perfectamente adosadas las dos partes; a no dudar, obedecía esto a la imposibilidad de introducir los huesos enteros del sujeto, o tal vez el cadáver que contenía, y que no estaba quemado.

Además, figura en la colección arqueológica del señor Trucharte, y bizarramente nos hizo oferta de ellos, lo que, agradeciendo sobremanera, no aceptamos, una espléndida lucerna de barro gris con la figura de Palas Atenea, y un curiosísimo fragmento de otra, en que están un caballo y su jinete tumbados en el suelo, y éste con el brazo levantado sostiene un escudo de armas, de hechura griega, en actitud de defensa. Varios fragmentos de barro campaniano, y entre ellos uno con el fondo amarillento y

la decoración del brillante barniz negro. En el mismo punto encontró, y conserva, dos monedas griegas.

El repetido señor Trucharte conserva también un cacharrito de barro gris de catorce centímetros de alto, del tipo de los que se encuentran en las necrópolis de Ibiza, el que, dragando el puerto de Denia, fué extraído.

Veamos la argumentación que llama el señor Carpenter más *seria* que la anterior, en la *discordancia* entre las condiciones de la antigua Dianium y las indicaciones dadas por Avieno y Estrabón, discordancias que nosotros, conocedores de lo dicho por el geógrafo griego y el poeta latino, y de Denia, con sus circunstancias, por haber repetidamente visitado esta ciudad, y aun podemos añadir escudriñado, *negamos en absoluto y rotundamente*.

Por más que Rufo Festo Avieno escribió su poema finalizando la cuarta centuria de J. C., como en él, la *Ora Marítima*, se sirvió del Periplo escrito por un navegante marsellés del siglo VI antes de J. C.; por éste daremos principio, repitiendo lo que dice sobre lo que en el momento nos interesa (versos 472-478): “et contra Hiberi in usque Pyrenae iugum / ius protulere propter interius mare / late locati prima eorum civitas / Ilerda surgit. littus extendit dehinc / esteriles harenas. Hemeroscopium quoque / habitata pridem hic civitas. nunc iam solum / vacuum incolarum languido stagno madet” (1). Explícito y claro está para nosotros: navega el massialota desde el Estrecho hacia su ciudad, y al llegar a la vista de las islas Gimnesias y Petiusas frente a ellas coloca a los iberos, que ocupan hasta el cabo Pyrene, nombrando a su primera ciudad, que creemos sea Xabea, ya que se encuentra pasado el actual cabo de la Nao, extendiéndose después el litoral formado por estériles arenas, y en él un tiempo existió la ciudad de Hemeroskopion, en otro tiempo habitada, ahora ya suelo vacío de habitantes; lánguido *estanque* la baña, y no *mar*, como dice mi distinguido amigo el sabio arqueólogo Schulten (2) en el comentario al verso 478, en que estampa. “Aquí *stagnum* significa mar, pues junto a la ciudad de Denia no hay

(1) Avieno, ed. Schulten. Versos 472 a 478, págs. 71 y 72.

(2) Avieno, *Ora Marítima*, ed. Schulten, págs. 119 y 149.

ninguna marisma". De seguro que ahora opina de distinto modo, ya que en reciente viaje que juntos hicimos, desde lo alto del castillo de la famosa ciudad estudiamos la topografía de aquellas riberas y costas.

Desde las rocosas estribaciones del Mongó, cuya cúspide se yergue al cielo hasta 761 metros, se extiende una planicie cuyo linde es el mar, el que desde las montañas de Cullera, cuyo pie besa el anciano río Sucro antes de confundir sus aguas con las saladas del piélago, no llega más que a playas arenosas, descansando así de las embestidas que a las abruptas y hoscas sierras que se continúan desde la punta de Ifach hasta el cabo de San Antonio, sin más interrupción de acantilados, contra los que se estrellan las olas, que la no muy extensa bahía de Xabea y el diminuto *Portet* de Moraira; al principio de aquella llanura, próximo al rompiente de las ondas, se levanta un rocoso promontorio cortado por la banda de aquéllas y con regular declive por el lado de tierra; lo corona un en otros tiempos poderoso castillo, que desde el alcázar, ya en ruinas, envía cuestas abajo fuertes murallas, las que, extendiéndose por la llanura, ceñían la populosa ciudad de Denia, y en partes la defendían contra los embates del mar cuando el levante, soplando con demás fuerza, alborotaba las aguas, las que, ensoberbecidas, querían como salirse de sus senos e inundar la tierra. Este montecillo, a poca distancia de su pie, algo más allá de no gran extensión de tierras de cultivo por el Norte y Nordeste, tiene aún terrenos tan bajos, que unos enlagna el mar con facilidad y otros no se desecan por más sequía que reine, formando charcas permanentes, que los años muy lluviosos se agrandan, formando extenso estanque entre la playa y los campos de labrantío, algunos de los que, al ser cubiertos por las aguas, precisamente tienen que quedar sin cultivo, con grande displacer de sus propietarios, y todo esto se ve desde lo alto del castillo; solamente que, como el panorama que desde aquel punto se abarca es tan maravilloso, el que a las terrazas y plataformas del antiguo alcázar sube no se entretiene con minucias, y esto, sin duda, le ocurrió al señor Carpenter, que no le dejaron parar la vista en unos charcos, por más que el sol, al

reflejarse en el agua con fuerza, los hace brillar; el macizo Mongó, que de vez en cuando se empenacha con blancas nubes, las que con bizarría parece que deje caer a un lado; la serie de sierras que, unas por detrás de otras, semeja que se empinen para, con sus cresterías, avizorar el mar, y más altas que todas la colosal Aitana y el cónico Monduber, la sierra de Cullera, toda metida en el salado elemento; la totalidad del Seno Sucronense, y allá en el lejanísimo horizonte, como surgiendo de las aguas del mar, las montañas de Tarragona. En verdad que es un verdadero Hemeroscopeio el castillo de la ciudad de Denia, y la hermosura de su campo con aquella variedad de verdes por los distintos cultivos: el oscuro de los pinos, el hosco de los algarrobos, el amarillento de los almendros, el intenso de los frutales, el plateado de los olivos, el lujurioso de las vides, el dorado de las mieses, los salpicados de las hortalizas, todo esto, matizado por el sin fin de blancas casas, rodeadas de jardines muchas, todas engalanadas con flores, es visión verdaderamente maravillosa que hace olvidar la existencia de estanques y arenales incultos. Por ello no es de extrañar que el sabio arqueólogo americano, impresionado y absorto al espectáculo de tanta belleza, ni viese charcas ni se diera cuenta de arenales, más siendo aquéllas pequeñas y éstos estén disimulados por los cultivos.

Para conocer una localidad no basta el hacerla una visita, siquiera ésta sea detenida; precisa el estudiarla concienzudamente, y para ello investigar mucho. Si el Señor Carpenter hubiese hecho esto en la comarca de la Marina se hubiera enterado de la tradición que en Denia hay de la existencia, en tiempos antiguos, de un extenso estanque de forma alargada paralelo al mar en la partida de *les Bovetes*, y no le hubiese, de seguro, caído en saco roto el nombre que acabamos de estampar; *bova* en valenciano es el nombre de la planta que en castellano se llama anea, y como es muy sabido, esta tifácea crece en los terrenos de marjal y pantanosos; así, pues, cuando la partida de terreno confinante con el mar de la ciudad que nos ocupa lleva por nombre el diminutivo del vegetal acuático, era porque abundaba sobremanera; y si allí crecía era señal inequívoca de que

el paraje también le era favorable por la cantidad de agua que en él había.

Otro elemento de prueba nos da el folklore, y no dudamos en aportarlo; se trata de un precioso apólogo que en nuestras investigaciones folklóricas hemos recogido en los pueblos de la Marina, el que publicamos en un libro (1) escrito en nuestra lengua vernácula, y dimos vertido al castellano en una revista de Valencia; ahora lo extractaremos. Se cuenta por aquellos pueblos que un cierto día se juntaron en la sierra del Albir (Altea) el Viento, la Fiebre y la Vergüenza, los que hicieron una comida y pasaron el día muy divertidos; al llegar la hora de despedirse dijo el Viento a sus compañeros que si alguna vez necesitaban de él que le encontrarían de seguro en la cima de Aitana; la Fiebre, a su vez, dijo que si de ella algo querían siempre la encontrarían en Denia, aunque algunas veces también en la Fossa de Calpe y en Cabblanch y el Albir de Altea, pero de seguro en aquella ciudad, de la que nunca faltaba; la Vergüenza dijo que viesen lo que al instante le quisiesen mandar, pues ella era de tal condición que en perdiéndola ya no había quien la encontrara. Como se ha visto por el ingenioso popular cuento, nunca dejaba de haber calenturas en la ciudad de la diosa de la caza, lo que ha sido verdad hasta hace pocos años; y si tan persistentes eran las fiebres, la ocasión eran las aguas encharcadas; por tanto, sí que hubo estanque a pesar de no existir río caudaloso que lo ocasionara, según la afirmación del sabio americano; ignoraba este señor el que hay abundancia de aguas subterráneas, pero bastante superficiales, en *les Bovetes*, además de ir a parar allí las de lluvia de toda la planicie y varios riachuelos, los que a fuerza de años, con sus avenidas y con ayuda también del mar, han terraplenado la laguna, dejando sólo las charcas, que se pueden ver, y no quiso, sin duda, parar mien en ellas el señor Carpenter.

Y para que se dé buena cuenta el lector de cómo cambia la topografía de una comarca, le diremos que más acá de Vergel, a unos catorce kilómetros de Denia, en donde hoy se contem-

(1) *Coses de la mena tèrra* (La Marina). Primera Tanda. Valencia, 1912, pág. 165.

plan hermosísimos huertos de naranjos, que de seguro admira el que por allí pasa, bien en tren, ora en auto, eran en otro tiempo, y nosotros lo hemos conocido en nuestra niñez, yermo arenal que penosamente cruzaban los viajeros, molestados los ojos por la reverberación del sol y respirando anhelosos por las nubes de polvo y fatigados por la monotonía de aquellas movedizas arenas cenicientas, sin vegetación alguna; se llamaba y sigue nombrándose el *Arenal*, que poco a poco se puede decir que dejó de serlo para dar lugar a los magníficos huertos de naranjos, que lo han transformado en nuevo jardín de las Espérides; evolución que presenciábamos en nuestra juventud, durante la feliz época de estudiante, en que a cada viaje, con motivo de las vacaciones, encontrábamos nuevas plantaciones de huertos, contemplábamos el crecimiento de los árboles de los primeros, y todo fecundado por las llamadas aguas de Pego, que, silenciosas, por allí discurrían perdidas, para sólo dar tributo al mar.

Veamos el otro argumento que emplea el señor Carpenter para probar su aserto. Dice así: "La descripción de Estrabón es igualmente inaplicable a Denia. Porque dice (III, IV, 6) que "Sertorio la utilizó como a base de operaciones por mar, porque "es fuerte, escarpada y excelente para la piratería, visible desde "lejos para los que se acercan por mar". Pero esta descripción nadie pensaría en aplicarla al peñasco de Denia, que no es muy visible para una nave que se acerque a la costa, ni es por naturaleza particularmente una fortaleza."

En lo dicho anteriormente por nosotros está refutado totalmente el endeble argumento de no distinguirse un bajel a distancia, pues nos dimos cuenta de que la vista alcanza además de a todo el seno sucronense, hoy Golfo de Valencia, hasta las costas de Tarragona, ya que a sus montañas se las ve emerger del mar, y desde luego hacia el Levante se atalaya hasta donde se confunden mar y cielo; además, entre la ciudad y el Cabo de San Antonio, extremo oriental del Mongó, se levanta el elevado cerro llamado antiguamente Orimbroy, y a las horas San Nicolás, desde cuya altura se distingue perfectamente la isla de Ibiza; sólo la mole del dicho Mongó obstruye la vista del Sureste, pero encaramándose en la cumbre del hurraño monte se

alcanza toda la costa hasta el cabo de Palos; así, pues, bien se podían ver llegar los bajeles en las navegaciones por el extensísimo litoral, y las naves que fuesen en busca del refugio que el seguro puerto ofrecía, el no liviano bulto del referido Mongó, con sus 761 metros de elevación, buena señal les haría.

En lo tocante a que Denia fuera la base naval de Sertorio, no ofrece la menor duda, ya que después de Cartago Nova hasta Tarragona no había más puerto que el de Denia; hacemos caso omiso de los puntos que en las distintas ensenadas pueden servir de mejores o peores fondeaderos de tales o cuales vientos; puerto artificial formado por dársenas fabricadas de mampostería, no se conoce más que el de la ciudad que nos ocupa, cuyos muros, en el interior de tierra, o sea en lo que ahora son campos, aún se pueden contemplar, estando al presente lo que fué mar destinado a cultivos, los que también se extienden por los lados de las dársenas. Que era estratégico nos lo demuestran las murallas, que bajando desde el castillo llegaban, playa adelante, hasta la misma bocana, la que además estaba protegida por robusta torre; más seguro le hacía además la existencia de unos bajos en el mar, que daban lugar a un estrecho canal submarino, que todavía existe, el cual enfrentaba con la boca del puerto, cuya entrada era imposible si las naves se desviaban a uno u otro lado, en cuyo caso quedaban las embarcaciones embarrancadas, como tantas veces ha ocurrido en el discurrir de los siglos; de tal naturaleza es la playa frontera, que se puede asegurar que de no ser muy prácticos los navegantes le era imposible a un bajel el penetrar en el puerto. Por lo dicho bien se ve cómo podría servir de base naval a Sertorio nuestra ciudad, tan poderosamente defendida por naturaleza y por arte, y con un puerto tan bien resguardado, también por arte y naturaleza. Eran los bajos los que ahora se llaman el Caballo y la Androna, seguidos del Placer de San Nicolás y el de la Placeta, guardianes éstos muy seguros por lo imposible de sobornar. Así, pues, no nos cabe duda, aseguramos que Denia fué la base naval de Quinto Sertorio, el general que sin la traición, a que tan dada era Roma para deshacerse de sus enemigos, fundara en España otra república rival de aquélla.

Nos llama la atención el que el señor Carpenter haya llamado el párrafo de Estrabón que antecede al que nos viene ocupando, en el cual el geógrafo griego dice: "Entre el Sucrona y Cartagena hay tres ciudades Massalotas, no muy distantes del río: la más importante es Hemeroskopio, que tiene en un promontorio un templo muy venerado en honor de la diosa Diana." Circunstancia ésta que conviene exactamente con la ciudad de Denia, la que en todo lo alto del castillo tuvo un templo, según los historiadores regnícolas Escolano y Diago, y a la falda del montecillo, como dice en su *Diana desenterrada* el doctor don Marcos Antonio Palau, manuscrito aún, y el canónigo Chabás en su historia impresa, afirmaciones contradictorias que nosotros armonizaremos, diciendo, que el primitivo templo estuvo en todo lo alto, y que al engrandecimiento de la ciudad se edificó otro mayor y más suntuoso; éste, al que se refieren los historiadores locales, a la parte Norte del promontorio, ya en la llanura, en donde han aparecido restos tan ricos como interesantes, que no dejan lugar a la duda; el otro, más pequeño, en todo lo alto de la acrópolis, cuyos restos hemos tenido la suerte de comprobar, como el lector verá.

En el otoño del año 1925 pasamos unos días en el campo de Denia, y en las diferentes visitas que hicimos a su castillo pudimos cerciorarnos de la existencia del renombrado templo en aquella altura; nos encontramos con que en la plataforma, terminación de las dos escalinatas de sillería, en la que en otro tiempo estuvo emplazado el monumento del Duque de Lerma, Marqués de Denia, favorito de Felipe II de Valencia, III de Castilla, se estaban practicando unas excavaciones para la cimentación del monumento al Corazón de Jesús, los obreros habían tropezado con un hormigón fabricado con argamasa muy blanca, y fragmentos de cerámica de distintas clases, pero toda ella fina, contrastaba con la mampostería, basta que por detrás, en los subterráneos que forma la terraza superior, pudimos ver, hecha de cal y piedra, en aquella fábrica empezada a destruir por la piqueta que dirigía la moderna devoción, pudimos apreciar un graderío que enfrentaba hacia la plazoleta que por delante del ex monumento se extiende, y

por tanto al antiguo puerto y al agigantado Mongó; el detenido examen de aquellos restos nos sugirió la idea de que se trataba del altar de la diosa Diana en su famoso templo, el que Estrabón de Amasi colocaba en lo alto de Hemeroskopeio; para comprobación de lo que hemos dicho con nuestro acompañante e hijo político don Francisco Merle y Calvo, llevamos algunos fragmentos de la especial obra, los que figuran en nuestra colección arqueológica, en la del mentado entusiasta dianense y en el Laboratorio de Arqueología de la Universidad valentina, al que dimos alguno juntamente con una nota explicativa; lástima grande que la fotografía que intentamos no diera nada por la falta de luz en aquel hoyo.

Ocurrió en Dianium lo que se repite con la religión cristiana en las poblaciones de importancia, en las que nos tropezamos con una iglesia siempre en la parte elevada del pueblo, pequeña, modesta, primitiva, y un templo en la llanura, grande y más o menos fastuoso.

Creemos ha quedado suficientemente probado el que la moderna ciudad de Denia fué la antigua Hemeroskopeio, y ahora réstanos también probar que el Peñón de Ifach no pudo serlo.

IFACH

Allá, en remotas edades, surgió de las aguas gigante peñón, el que, buscando el contacto con la costa, envió por el Mediodía una trinchera de roca que a la playa lo uniese, al propio tiempo que el continente amontonaba capas de tierra y arenas a su pie para, además de consolidar el maridaje, escalar su cúspide, cosa imposible, pues a tal altura se yergue la cima (327 metros) que hubiese precisado el rellenar toda la hondonada que entre aquél y apartados *tossals* existe, en donde hubiera cabido más de medio Oltá, monte que, sentado en el poniente, está contemplando al original Ifach; da lugar aquella tierra, amontonada por desconocidas conmociones de nuestro planeta, a que por el Norte se forme un pequeño seno, llamado la *Fossa*, en donde de vez en cuando el mar de levante embiste con furia, convirtiendo aquel altozano en desolado lugar, ya que la vegetación es por demás raquítica por las salpicaduras

de la salada agua convertida en finísimo polvo acuoso y salobre; es de extrañar las figuras que toman los pocos árboles que allí vegetan, raquíticas higueras y pobres algarrobos: los nacidos en el alto, torcido el tronco, se tienden hacia el poniente; a ese lado carga el ramerío todo, como si quisieran echar a correr tierras adentro; los que en la ladera nacieron crecen sus troncos seguidos y extienden populosas ramas hasta que llegan a la línea o nivel de terreno superior que las resguarda de las asechanzas del viento marítimo en que, encogiéndose, se ensanchan y aplanan para no ver sus tallos o ramos quemados por aquél, presentando, tanto los primeros como éstos, originales formas, todo para no ponerse en contacto con el salobre viento; los segundos nos causan la impresión de gigantescas sombrillas; delante de este repie terroso del original monte se extiende una salobre laguna, de la que se saca blanquísima sal; el estanque presta más originalidad al conjunto de aquel paisaje: el peñón, con sus acantilados; el pequeño lago brillando a los reflejos del sol; el mar con sin iguales tonalidades, la bonita playa; las lomas grisientas, en segundo término, unas ruinas, por serlo, siempre misteriosas; tierras de cultivo regocijadas con sus vegetaciones; más lejos los montes Oltá, Bernia y el Morro de Toix, hosco aquél, azulado el otro, con su forma de revuelta quilla de bajel el último, y en medio de todo, en un altozano, el pueblo de Calpe, que semeja inmensa gaviota reposando en mar de verdura, forman en fin, un conjunto bellísimo; mas por coronarlo todo, un cielo de diafanidad incomparable.

Pero lo principal allí, lo que entre todo sobresale, es el grandioso peñón que, metidos los pies en el agua, levanta su frente hacia el cielo, cuyas nubes a veces lo tocan como de blanquísimo cendal: un mar de intenso azul le circuye; un sol de gran potencia luminosa le colorea; pinos y arbustos lo coronan; plantas y flores silvestres lo embalsaman, y él, al parecer avaro de su belleza, se encastilló, cortados a pico todos sus lados, lo mismo por el mar que después de la ladera de terreno, no queriendo, sin duda, que los humanos lo hollaran, y de ese modo prestar seguro cobijo a las aves del cielo y a

las marinas; allí anidan las águilas y los gavilanes, allí se cobijan las gaviotas y los *cahuets*, únicos seres vivientes que toleraba antes de que la industria del hombre, primero por medio de cuerdas, más tarde perforando la peña, lo profanara; este gigante, mudo testigo del paso de las naves de gentes de tantísimas razas, a las que sirvió de señal, y que dió como cobijo a pueblos de distintas civilizaciones y que además ocasionó leyendas, que en este momento no son del caso, ha querido ser historiado también, y por ello le ha inspirado a un profesor americano un trabajo en que, como ya vimos antes, hay más fantasmagoría que realidades.

Añade a lo ya transcrito, cuando hablamos de Denia, el señor Carpenter: “¿Pero cómo pudo Estrabón cometer semejante error en identificar Hemeroskopeio y Dianium?” Y se contesta diciendo que “una falta semejante llevó la confusión a la antigüedad de Gades con Tartessos, y de Málaga con Mainake...” Y sigue diciendo: “Pero todo esto sólo viene a mostrar que Hemeroskopeion puede ser Ifach. Deseo ahora el ofrecer una más positiva evidencia.”

“La lámina presenta la gran masa aislada de la *atalaya* de Ifach con el mar abierto detrás. A media distancia del profundo puerto penetra detrás la protección de la torre, y está rodeado a la izquierda por un banco rocoso de poca alzada con arrastres de río. Más adelante se ve la población moderna de Calpe.”

Antes de que el actual propietario de Ifach, don Vicente París, construyendo un túnel facilitase la subida, que como todo ascenso es fatigosa, se escalaba la enhiesta cumbre por medio de tres cuerdas, que una por encima de otra, fuertemente amarrada a la peña, se bamboleaban en el aire, imponía, daba casi escalofríos el ver a algunos vecinos de Calpe ascender aprisionando con sus callosas manos la maroma, el cuerpo balanceándose en el espacio en muchos de los trayectos, con regular carga a las espaldas; algunas veces era ésta una cabra, que subían para que gozase en completa libertad de los pastos de la abrupta cumbre, la que, por las muchas sinuosidades, no forma meseta y sí varias oquedades y barrancadas;

desde que presenciamos una de estas subidas no la hemos olvidado, a pesar de los años transcurridos; los hombres aquellos, verdaderos notables acróbatas, subiendo pausadamente, parecían, por la distante altura, monigotes que se elevaban por medio de una fuerza invisible; y lo más de admirar era que esto lo hacían con mucha frecuencia, según se nos dijo. En toda la altura no se encuentra vestigio alguno de edificación antigua, de modo que se puede asegurar que no estuvo habitada; no así la ladera por bajo del acantilado, en donde desde su mitad hasta el pie de aquél se encuentran vestigios de antigua población, la que presenta la originalidad de que sea el templo el primer edificio que, adosado a la muralla, existe, formando con su torre un conjunto de defensas con aquéllas; a uno y otro lado del elevado istmo lo flanqueaban, hasta llegar a lo alto, robustos muros de mampostería; esto es, hasta donde principia el repetido cantil, estaban aquéllos formados por argamasa y piedras bastas, si bien al pie de aquél pudimos apreciar un trozo a él paralelo en que había cerámica antigua, recogiendo como muestra unos fragmentos de tiestos y unos de asas de ánforas iberorromanas.

Que la población era fuerte y estratégica no hay que dudar; por arriba el enlucido de la peña levantándose a centenares de metros, por uno y otro flanco sirviendo de foso a las murallas; pero allá abajo muchos metros, el mar, y por la ladera, único punto accesible, fuerte muralla salpicada de torreones, con la única entrada por el lado del templo, hoy convertido su recinto en campo cultivado, y desaparecida aquélla, la que años atrás aún conocimos. ¿Qué gentes habitaron en esta urbe? Que nos lo digan los objetos que en las excavaciones que practicamos, acompañados de nuestros buenos amigos los profesores A. Schulten y Otto Yessen, con su señora, el 11 de octubre último; allí encontramos, y está conservado en nuestra colección arqueológica, cerámica tan característica como la fabricada de tierra negra con los numerosos puntitos de mica blanca, con lo que semejan la oscura noche tachonada de infinito número de estrellas, que, por más parecerlo, las hay mayores e insignificantes, que brillan con descaro unas, mientras que

otras, medrosas, apenas dan la nota de su existencia; los más abundantes son los ibéricos, con sus círculos, rayas y enrejados pintados de bistre sobre barro amarillento, y algunos gris también, y dos fragmentos, cuyos cacharros debieron ser espléndidos, de barro rosáceo, decorados a dos colores; tiestos con rayas ondúladas hechas a punzón; los de barro campaniano, con su brillante negro, relativamente abundantes, los que demuestran su antigüedad por su admirable cochura, que les da distinta coloración del interior a la superficie; algunos, poquísimos e insignificantes, romanos; un fragmento mahometano barnizado de verde y los medievales, nos indican que fué ciudad ibérica, que por los griegos fué habitada, que por allí, pasaron los romanos, que subsistió durante la época mora y que los cristianos también la vivieron; pero el mayor esplendor de la población indudablemente fué con los iberos y griegos, sucumbiendo por fin al abandono cuando sus vecinos, sin duda por mayor comodidad o, más seguro, huyendo de las fiebres producidas por las emanaciones del pantano, la abandonaron, trasladándose a la actual villa de Calpé, cuyo nombre, a no dudar, llevaría también la primitiva población de Ifach, ya que por este último nombre en ningún archivo la hemos visto mentada, y en cambio por estos pueblos de la Marina se nombra a *Calp el vell*, esto es, Calpe el viejo.

Tiene mucha razón el señor Carpenter en colocarla entre las poblaciones habitadas por los griegos en la Península Ibérica, como lo demuestra la abundante cerámica helenística por el sabio profesor encontrada y también por nosotros; pero de aquí a ser Hemeroskopeio hay gran distancia. ¿Dónde está el templo en todo lo alto, según frase de Estrabón? Ni el más ligero vestigio existe, y por más excavaciones que se hicieran en la cúspide de Ifach no se encontrarían restos de edificaciones, ya que jamás allí las ha habido, pues los restos de paredes que en todo lo alto se encuentran, pertenecientes a mezquino chozo, son modernas, como puede apreciar todo el que el pica-chò visite. ¿Para qué se iba a erigir un templo a Diana en aquélla brávia altura si sólo los acróbatas, como los que hasta hace poco ha habido algunos en Calpe, podían visitarle? Hubie-

ra sido de ver a las matronas devotas de la diosa de la caza con sus amplísimas vestas, flotando éstas en el aire, ascender cuerdas arriba, y como el viento hubiese hecho diversión de aquéllas, y casi nada si la dama, en vez de túnica, hubiese vestido *pallium*. Hay que desechar por imposible lo del templo en lo alto de Ifach y el aceptar el que a la entrada de la población vimos, aunque en sus postrimerías fuese basílica cristiana, de la que por cierto conservamos un pequeño altorrelieve de mármol representando un niño con una flor en la mano izquierda, encontrado en aquel punto; también por aquellos campos encontramos fragmentos de planchas de mármol y algún vidrio de hermosa irisación.

Queda desechada hasta la posibilidad de podido haber templo en lo alto del Peñón, y no se diga en la parte elevada de la población, esto es, al pie del acantilado, ya que ni el más mínimo vestigio hay de su emplazamiento, cosa imposible de haber existido, pues la pendiente que allí tiene el terreno exige una construcción respetable sólo para hacer la explanación de la planta, la que, de haber existido, precisaba el dejar rastros, y allí no los hay de edificio que haya tenido alguna grandiosidad.

En cuanto a que se vean los bajeles que a aquellas bahías se dirijan o lleven derroteros por aquellos mares, sí que se pueden distinguir los procedentes del levante, los que naveguen por el Mediodía hasta el cabo de Palos; a simple vista se avizora la antigua Ebuso; pero el Seno Sucronense lo esconde el cabo de la Nao, y sobre todo el poderoso Mongó, que por encima de aquél levanta su maciza mole; por esto podemos asegurar el que se ven menos mares que desde el castillo de Denia y sus adyacentes; era, por tanto, menos Hemeroskopeio éste que el de allende el cabo de San Antonio.

Veamos lo del profundo puerto: quiere el señor Carpenter identificarlo con la laguna destinada al presente a la obtención de la sal, estanque que quiere que la acción del tiempo, actuando con los distintos elementos sobre aquel paraje, lo haya ido rellenando para dejar sólo un somero lago. El argumento es ingenioso, pero lo destruye un hecho: el que con la fuerza de

serlo pulveriza el supuesto, y es el de que ese puerto no podía existir porque no tenía boca, y por tanto no se podía entrar en él; por el Noreste la acumulada tierra y también las arenas que forman el istmo y da ocasión a la pequeña y desabrigada ensenada de la Fossa, tiene bastante altura, y en ella no se ve la más mínima señal de cortadura, de bocana, la que, de haber existido, ni veinte ni treinta siglos podían haber borrado por completo; a más que la entrada al puerto, caso de existencia, hubiera resultado peligrosísima por la exposición al levante, que allí sopla de manera feroz, como antes dijimos; por ello se hubiese preferido y sido más fácil el abrir la entrada por la bahía del Sur cortando la trinchera de roca que une el cabo con la playa, y a este propósito dice el profesor americano: "En el lugar marcado me parece posible que en otro tiempo hubo un paso a través de las rocas a un estanque rodeado de tierras o a un puerto interior de la ciudad. El paso y el estanque están actualmente rellenos del todo, exceptuando una salina... En la lengua de tierra, ligeramente levantada, parece el haber indicaciones de una antigua construcción que en otro tiempo ocupó este lugar." Conforme con lo dicho del relleno del estanque, como ya antes apuntamos; pero en lo del paso a través de las rocas a un puerto interior, eso no podemos pasarlo, a no ser que aquél se construyera para lo que en Valencia llamamos *barquets de marjal*, esto es, botes sin quilla, planos por bajo, ya que el poco calado no consentiría el paso de naves, ni comerciales ni de guerra, y aun menos éstas con sus bancos de remos, en aquella abertura no hay sitio para que éstos pudiesen funcionar, como demuestra la anchura de la brecha, la que mide a lo sumo unos 15 metros, como el calado es de 90 centímetros; y no se diga que esta entrada se ha relleno por el transcurso de los siglos, ya que en el fondo vemos el piso de limpia roca sin superposición de ninguna materia; así, pues, de no haber bajado el nivel del Mediterráneo no ha podido ser aquel boquete entrada de naves, ni tan sólo para una bireme; se nos dirá: ¿pues para qué se excavó en la roca? A lo que contestamos, sencillamente para desaguar en parte el estanque, y esto hecho, como el fondo está más bajo que el

nivel del mar, dar entrada al agua de éste para la fabricación de la sal, y cualquiera que se fije notará cómo el agua entra por allí a un canalillo hacia el interior de la salina, y se podrá dar cuenta de que en casos de grandes lluvias, por la acumulación de aguas que bajan por las vertientes que allí convergen, es un necesario desahogo, por tanto no puede aquéllo, en manera alguna, ser el *seguro puerto que utilizara Sertorio para base de operaciones por mar*.

Hacia el final del trabajo, al explicar la fotografía que el profesor tomó desde lo alto de Ifach, dice: "...En la lengua de tierra ligeramente elevada parece haber indicación de una antigua construcción que en otro tiempo ocupara este lugar." Y así es la verdad; próxima a la actual carretera y al Norte de la salina, a mayor nivel que ésta, hállase la finca de don Rafael Montesinos llamada *Alginech*, y en ella se eleva una porción de terreno formado por extensa roca alosada, la que reconocimos con nuestro amigo el repetido sabio arqueólogo el profesor Schulten y su compañero el profesor Yessen y señora, conviniendo que las ruinas, en las que aún perduran muros y un graderío, al parecer este de la puerta del edificio, orientada al Mediodía, debió ser un templo; y lo curioso es el que en aquel punto en donde hay gran abundancia de restos cerámicos, y según se nos dijo van encontrados bastantes objetos y descubiertas algunas sepulturas hechas con sillares unas y grandes ladrillos otras, en las cercanías del edificio que suponemos templo; a pesar de la proximidad a la población de Ifach, apenas encontramos algún fragmento de barro campaniano, mientras los sigilata, con su brillantez roja, abundan extraordinariamente, y desde luego el ibérico, hasta del más primitivo o basto negro por un lado, parduzco por otro, los fragmentos encontrados y recogidos dan una porción extraordinaria, aparte el ibérico, tanto liso como decorado con su característica pintura, al sugestivo de color de sangre; una terminación de ánfora recogimos por lo diferente a la generalidad de éstas, ya que es más robusta y muy redondeado su extremo; todo esto nos induce a creer que se trata de un santuario de la época romana, construído sin duda cuando el palacio, que levantaba su magnifi-

cencia sobre la roca a orillas del mar, próximo a la cortadura que antes nombramos, estaría habitado por magnates latinos o españoles romanizados; y que aquél estaba ricamente decorado, no dejan lugar a duda los abundantes trozos de planchas de mármoles, de las que conservamos muestras.

Creemos que estuvo muy acertado el profesor Carpenter en colocar entre las poblaciones habitadas por los griegos en nuestra Península a la emplazada en Ifach; los restos que conocemos así nos lo demuestran, pero el esplendor de Calpe vino en época posterior, con el señorío de Roma, durante el que, si bien subsistió la población de arriba, en donde la riqueza, el fausto y la molicie tuvieron su asiento, fué en la proximidad de la llanura, entre el mar y la laguna, donde todavía, aunque poquísimos, se conservan restos del grandioso palacio, conocido a las horas por *Baños de la Reina*, y esto no es decir que allá arriba no viviesen personas pudientes; sí debían habitar, y numerosas, cuando próximo al mentado palacio hemos comprobado la existencia de unos baños cuyos poquísimos restos nos hablan también de su suntuosidad por haber encontrado teselas no sólo de jaspes si que también de vidrios de diferentes colores y fragmentos de mármoles; suponemos que serían públicos, ya que el palacio tenía los suyos, por cierto de mucha más importancia que éstos; y como quiera que por aquella contornada no conocemos más restos de población antigua que la asentada en el repetido Ifach, para aquellas gentes se construyeron; más nos confirma en la opinión el que no debía ser el edificio muy grande, siquier fuera fastuoso, o por lo menos, como ahora diríamos, de exquisito gusto; el área del peñasco sobre que se asentaba así nos lo demuestra por su exiguo perímetro.

A pesar de no ser de este lugar, por tratarse de distinta época de la que ha motivado estos artículos que, como hemos visto, tan anterior a la romana es, nos tentaba el hablar de las últimamente mentadas edificaciones; pero el sabio valenciano Antonio José Cavanilles tan magistralmente lo hizo en su interesante obra sobre las tierras valencianas (1), que recorrió detenidamente,

(1) *Observaciones sobre la Historia Natural, Geografía, Agricultura,*

al ocuparse de Ifach y Calpe, en donde tuvo la suerte de encontrar, protegidos en parte por la arena, pisos completos de diferentes estancias, en lo que fué magnífico palacio y baños, de los que hace detenido estudio, dándonos la planta de aquéllas y reseñando los mosaicos, de todo lo que nos da además en seis hermosas láminas el gráfico. Hace ya algunos años, todavía alcanzamos nosotros a ver, aunque muy estropeados, tres mosaicos distintos a los que describe Cavanilles; uno completamente blanco, otro con unos moteados negros, y el más interesante con grecas, de los que conservamos unos trozos para muestra en nuestra colección arqueológica ya repetida.

Por cierto que el naturalista valenciano calla el baño pequeño, pero en cambio se ocupa de un teatro cuyas gradas, excavadas en la roca, daban frente al mar, las que nosotros no hemos tenido la suerte de ver; sin duda los vecinos de Calpe lo han utilizado como cantera, y por tanto desaparecido, según está sucediendo con la roca que sustentaba las edificaciones del palacio, con su grandioso baño, y el pequeño, que también mentamos.

Escolano, en su historia de Valencia, también se ocupó de estas ruinas (1), pero se nota que lo hizo por informaciones que le dieron, no por conocerlas como Cavanilles. Dice así: "En la misma orilla del mar se muestra un edificio de peña tajada, que llaman los baños de la Reina, a los cuales se entraua por vna cueua también de peña tajada, de la estatura de vn hombre puesto en pies. Estos recibían agua del mar por canales que se abrían y cerrauan con sus compuertas, según lo que era menester. Sobre la cueua hauía aposentos labrados en la peña viua y taraceados los suelos de pedrezuelas de varios y diferentes colores, de obra Mossayca y hechura de dados: que por ser de labor tan vistosa se embiaron a la Magestad del Rey Philippe segundo, para un jardín que mandaua hazer."

población y frutos del Reino de Valencia, por Antonio Josef Cavanilles. En Madrid, en la Imprenta Real, 1797, págs. 225-232 del tomo II.

(1) *Década primera de la Historia de la insigne y coronada ciudad y Reyno de Valencia*, por el licenciado Gaspar Escolano. Valencia, 1610, tomo II, columna 107.

¡Qué lástima desapareciera tan magnífica fábrica, como demuestran que lo era no sólo los mosaicos comprobados, cuatro por Cavanilles y tres por nosotros, a más de los llevados al rey Prudente, sino la abundancia de mármoles que fragmentados por allí se encuentran, y de los que también conservamos muestra!

Creemos haber llevado a término nuestro propósito, esto es, demostrar que Hemeroskopeio fué Denia, y que Ifach no pudo serlo; con este tributo a la verdad a nadie se ha hecho daño y sí dejado las cosas en su punto, por lo que creemos que el profesor americano Rhys Carpenter no quedará molesto, más cuando ha podido darse cuenta del respeto que nos merece y del reconocimiento que de su saber hacemos; a nuestro amigo el simpático y sabidor maestro Pericot las gracias, porque con la traducción del artículo glosado nos proporcionó el medio de conocer detalladamente lo escrito por su colega de la América del Norte; y a ti, lector, hasta otra ocasión.

Valencia de los Edetanos, febrero de 1928.

F. MARTÍNEZ Y MARTÍNEZ.

ADENDA

Quiso la fortuna que un día de los primeros de abril encamináramos el viaje a Denia para comprobar ciertos extremos, y allí trabásemos conocimiento con el señor Wilfrid Hemp del British Museum y su acompañante doctor King Martyn, con los que departimos sobre asuntos arqueológicos, y entre otras cosas nos hablaron de sus dos ascensiones a la cumbre del Mongó, en cuya meseta encontraron cuatro muros, que en distintos puntos la cortan transversalmente, formados por piedra seca convenientemente arreglada a dos caras, y el interior relleno de casquijo; nos mostraron y regalaron unos barrotes en aquella altura recogidos, con los que hemos enriquecido nuestra colección arqueológica, de cuya bizarría hacemos público testimonio, y desde estas páginas nuevamente les damos las gracias.

Detenidamente estudiados aquellos tiestos, nos encontramos con fragmentos de barro neolítico, ibérico primitivo basto, e ibérico pintado y campaniano, con exclusión del saguntino, del que

no aparece ni el más insignificante fragmento; todo esto bien a las claras nos demuestra el que el alto de Mongó estuvo habitado por los iberos, y que por allí pasaron los griegos, y casi nos permite afirmar la sospecha que siempre hemos abrigado de que el verdadero Hemeroskopeio fuese el repetido Mongó, a cuyo resguardo se construyera la ciudad de Dianium.

Por constituir el hallazgo de los dichos señores Hemp y Martyn un argumento de los que no tienen réplica sobre lo que venimos en estos artículos sustentando, con la autorización que les pedimos, damos cuenta de ello, pero sólo como noticia, dejando para tan amables como competentes personalidades el que explanen detalladamente su investigación en la cima del Mongó, el único centinela a un tiempo de los dos importantísimos senos; el Ilicitano y el Sucronense.

Vale.